

“Porque la vida de los que en Ti creemos”

Un itinerario hacia el encuentro final

Eduardo López Azpitarte

Una herida que no siempre cicatriza

Recuerdo a un simpático jesuita sevillano, por encima de los 90 años, que no podía ni siquiera levantarse a de la cama. Cuando iba a visitarlo me solía repetir con frecuencia: "Le pido a Dios que venga a recogerme cuando quiera, pero que no tenga prisa". Me llamaba mucho la atención que, en esas condiciones tan limitadas, se sintiera atado a la existencia, como si todavía la estuviera disfrutando. Son muchas las experiencias que he tenido con personas en estas circunstancias, cuyas enseñanzas recojo en estas reflexiones, en las que van también algunas personales.

He tenido que dar varias veces la unción de enfermos en la inconsciencia, porque, cuando la proponía con anterioridad, me contestaban que aún se encontraban bastante bien. No creo que fuera solo una mentalidad litúrgica atrasada. Más bien me parece que existía una idea de fondo, algo difuminada, como si pudiera alejarse de esa manera la llegada de la muerte. Algunos tampoco han tenido reparos en manifestarme que, si después de la operación quirúrgica se encontraba algo desagradable, preferían mantenerse ignorantes. El mismo Cardenal Martini nos recuerda en su libro *Creo en la resurrección de los muertos* de la queja que le expresaba a Dios, cuando era joven, de por qué el paso al abrazo definitivo del Padre resultaba tan molesto. Como existen también personas que murieron plenamente reconciliadas con su final, aun afirmando que les costó trabajo aceptar aquellos primeros datos que no les interesaba reconocer. Es posible que el grito de Unamuno se encuentre soterrado en muchos corazones humanos: “que con razón, sin razón o contra ella, no me da la gana de morirme. Y cuando al fin me muera... no me habré dejado morir, sino que me habrá matado el destino humano”¹. De hecho los estudios sociológicos constatan el rechazo generalizado que se da, en casi todas las culturas, frente a todo lo que está relacionado a este acontecimiento. Hemos llegado a convertirlo en un tabú del que conviene alejarnos lo más posible para escapar de sus amenazas. Su recuerdo es mejor dejarlo oculto y olvidado, porque se trata de un hecho que no aporta nada positivo. El miedo a morir es una herida que nunca cicatriza por completo. Es un destino impuesto, como una tragedia a la que hemos de sucumbir a la fuerza. Y mejor es no preocuparse por ello para no aumentar los malos ratos de la vida. Lo de Epicuro, en su carta a Meneceo, no deja de ser un engaño manifiesto: “porque mientras vivimos no existe, y cuando está presente nosotros no existimos”. Todos somos conscientes de que vivimos, mientras cada día morimos un poco; y que la muerte nos acompaña, aunque cada día sigamos con vida.

El momento de la autenticidad

¹ M. DE UNAMUNO, *El sentimiento trágico de la vida*, cap. VI en O.C., Escelicer, Madrid, 1967, vol VII,186.

Sin embargo, la misma experiencia me ha demostrado en muchas ocasiones que que es, en esta etapa final, cuando se demuestra la autenticidad del ser humano. Sabemos de sobra que el significado primitivo de *persona* encuentra su raíz en la careta que utilizaban los actores en el teatro para representar un papel diferente al que tenían en la vida real. Como todos tenemos que dar buena imagen, para encontrar una acogida en la sociedad que nos rodea, utilizamos también una máscara que tape lo más posible las aristas negativas de nuestro psiquismo. Todos llevamos una dosis de hipocresía en nuestra conducta. Sabemos disimular muy bien para no perder la estima de los otros. Aunque haya que hacer esfuerzos para no sentir nuestro narcisismo herido, y evitar las críticas que puede provocar cualquier gesto negativo. Pero tiene que llegar un momento en que las presiones externas ya no estimulan, los respetos humanos desaparecen y hasta las fuerzas físicas se debilitan para realizar los esfuerzos de antes. Es entonces cuando se descubre la verdad más profunda que se había amasado por dentro. Tengo que reconocer que me he encontrado con ancianos de una riqueza espiritual impresionante. Hay muchas cosas que ya no se pueden aprender bien al final de la vida, si no se habían trabajado con anterioridad: delicadeza, gratitud, paciencia, comprensión, serenidad, perdón, experiencia de Dios...

De la misma manera, que a veces también es posible constatar, en personajes que llevaron adelante grandes obras y tuvieron serias responsabilidades, la mucha hojarasca que tapaba sus límites y que ahora ya no pueden disimular. Personas mayores que no viven con serena tranquilidad y tampoco dejan vivir a quienes les acompañan. Surgen problemas, incluso, que no habían dado la cara con anterioridad, por haber quedado reprimidos, sin posibilidad de integrarse: pulsiones que no están por completo controladas; curiosidades ocultas; necesidades pequeñas, pero insaciables, que nunca se dan por satisfechas. La sensatez del Eclesiástico ya lo había anunciado: “Si en la juventud no has hecho acopio, ¿cómo vas a encontrar en tu vejez?” (25,3).

El aprendizaje de este itinerario hay que comenzararlo mucho antes. Desde el momento de nacer, aunque resulte extraño, ya estamos muriendo. No es posible vivir sin pagar un tributo diario a la muerte, que siempre nos acompaña. Lope de Vega lo dejó dicho de forma poética: “Engaño es grande contemplar de suerte / toda la muerte como no venida / pues lo que ya pasó de nuestra vida / es no pequeña parte de la muerte”².

Lo que sucede es que, cuando uno es joven, mientras se va subiendo hacia la cumbre, ninguna etapa que se deja por detrás se considera como una pérdida. El pequeño morir de cada día no es un despojo que se soporta, sino un alegre anuncio de las nuevas y mejores posibilidades. Lo que se desea precisamente es que todo pase deprisa, con la ilusión de llegar hasta arriba lo antes posible. Mientras se goza de un paisaje cada vez más amplio y luminoso, nadie se acuerda de las tinieblas que se harán presentes en el ocaso. Hay espacio

² *Rimas Sacras*, CSIC, Madrid, 1963, Soneto 13.

para el sueño y la ilusión, pues las sombras vendrán por la noche. Y, mientras tanto, la vida, como el amanecer, van despertando a la luz que todo lo inunda e ilumina. Cuando se doble el cabo de buena esperanza y comience de nuevo el descenso, se oirán los primeros toques de alarma.

Las primeras llamadas de alerta

No es extraño que con la jubilación se noten ya algunos síntomas. Es posible que en un primer momento, constituya un motivo de júbilo y alegría. Se ha dejado un trabajo que ya resultaba cansino para poderse dedicar a otras ocupaciones que resultan más gratificantes. Pero es también un momento cargado de simbolismo. Hay que dejar lo que se había hecho siempre por otras actividades distintas. Aunque el corte no sea brusco y se sigan realizando tareas, pero habrá que realizarlas de otra manera y con otras condiciones diferentes.

Es falta de lucidez personal que cualquier cambio para abandonar una responsabilidad o dedicarse a otras funciones de menor relieve se vivencie como una pequeña injusticia. Duele que otros, sin la experiencia que hemos acumulado, vengan a sustituirnos; que la obra en la que se había puesto tanta ilusión y esfuerzo se oriente por otros caminos. Cuesta dejar las llaves del coche que se había utilizado durante tanto tiempo, o entregar las cuentas que se venían haciendo durante varios años. Es curioso y comprensible que los demás se den cuenta de nuestras propias limitaciones, antes que el interesado sea consciente de ellas. ¿Por qué no aceptar que, aunque se haya sido buen profesor, llevado muy bien la contabilidad de una obra, haber tenido diferentes responsabilidades, los alumnos comienzan ya a cansarse, las equivocaciones se van haciendo más frecuentes y tampoco se conserva la misma capacidad de antes?

La sensatez y el sentido común se manifiesta en entregar el testigo a los que vienen por detrás, olvidando que es mucho más elegante adelantarse por la propia iniciativa, que esperar a que lo impongan, muchas veces, cuando ya no se puede esperar más. Si de verdad, todavía podemos prestar algún servicio o colaboración, es mucho mejor que nos insistan en continuar a que lamenten nuestra obstinación. Los superiores saben muy bien las dificultades con que se encuentran, cuando hay que hacer algún cambio que se hace necesario. Ya deberíamos haber aprendido que ninguno somos imprescindibles ni necesarios. La placa de agradecimiento por los servicios prestados - si es que se da algún signo de gratitud – es una especie de esquela por la que se notifica una pequeña muerte: el paso a otro mundo distinto que ya no será como el de antes.

Todo el que comience su jubilación tendrá que ir sintiendo, poco a poco, el inevitable despojo que va provocando. Los mayores formamos un grupo específico, que ya no goza de la estima y el valor social que tuvo en otras épocas, o que se conserva todavía que se conserva todavía en algunas culturas. “Cuando un anciano

muere - se afirma en África - es una biblioteca entera la que desaparece". La experiencia que se acumulaba antes con los años, aunque no sea lo mismo, hoy se consigue con mayor rapidez con otras técnicas. Nadie tiene que extrañarse que, cuando hay que organizar cualquier actividad, no se piense en personas con más de 80 años. Es la fuerza y la juventud lo que mantiene la primacía. Nuestra misión es ir aceptando ese progresivo aparcamiento, y ayudar en las posibilidades que todavía nos puedan ofrecer. Somos una moneda bastante devaluada en nuestro mercado social.

Nadie resulta imprescindible

Reconozco que, hasta hace relativamente algunos años, me costaba trabajo comprender, las reacciones que hubo después del Concilio - no del todo edificantes, en algunos casos - cuando personas, en la plenitud de su vida fueron retiradas por las generaciones jóvenes que por entonces salíamos. Se sintieron injustamente marginadas, sobre todo en un momento en que para muchos de ellos la Iglesia se iba escorando hacia un lado peligroso. Y nunca podremos olvidar que la misma "injusticia" que cometimos con otros, cuando los fuimos aparcando, los jóvenes de ahora tienen derecho a cometerla con nosotros.

Hay que reírse interiormente cuando se lee en la prensa, al morir algún personaje importante, que se trata de una pérdida irreparable. Es muy sensato estar convencidos de que no existe nadie imprescindible, pues la experiencia demuestra que la historia sigue adelante por mucha importancia que haya tenido el difunto. El que se convenza que todavía sigue con capacidad para realizar las tareas de siempre, solo sirve para despertar una cierta lástima en aquellos que le rodean. Y cuando, además, se protesta por el cambio, la lástima termina despertando compasión. Si es bueno trabajar mientras se pueda, incluso como ayuda psicológica, no hay que tener miedo a que las tareas vayan siendo cada vez de menos relieve.

La única ventaja que tenemos ahora es que la calidad de vida suele ser bastante mejor que la que gozaron nuestro mayores con anterioridad. La Geriátrica ha posibilitado que hoy se consiga un mejor nivel de salud que no se daba en épocas pasadas. Lo de Terencio de que "la misma vejez es ya una enfermedad" ha pasado a la historia. Pero tampoco podemos olvidar la tragedia de Titón, al que los dioses le concedieron el don de la inmortalidad, pero no pudo aguantar su vejez insoportable. Quiero decir que con el paso del tiempo se van abriendo las primeras grietas del organismo, que irán creciendo de forma paulatina. Parece como si cada día se presentaran nuevas limitaciones, que empeoran las ya existentes. Las molestias del cuerpo se van juntando con las del corazón. A lo lejos, puede incluso asomarse el miedo a una dependencia mayor, que vaya limitando nuestra autonomía y libertad.

A veces, no se trata de hechos dramáticos, como pudiera ser una

enfermedad crónica, una inmovilidad permanente, o la retirada a un cuarto de la enfermería. Me refiero a ese cúmulo de pequeños gestos e incidentes de la vida ordinaria que, aunque sean insignificantes hacia fuera, nos siguen repitiendo el mismo mensaje: el individuo ya no es lo que era con anterioridad. Los peldaños que hemos bajado en la escalera de la vida, ya no se pueden volver a subir. O si alguno se recupera solo es posible hacerlo con mucho esfuerzo y, probablemente, para poco tiempo. Hasta ahora sabíamos intelectualmente que la muerte habitaba en nuestras estructuras biológicas. Ahora el conocimiento se va convirtiendo en una experiencia personal.

En mis clases siempre repetía que la salud es el silencio de nuestro organismo. Mientras todo se mantiene con normalidad, el cuerpo permanece callado. Las protestas comienzan cuando algún órgano se siente amenazado por algún peligro que se acerca. Son episodios pasajeros que nos van haciendo cada vez más vulnerables. Por dentro no se supera el temor a convertirse en una molestia y en un estorbo que otros tendrán que soportar. ¡Cuántas veces he oído el deseo de morir antes que llegar a esa situación!

Reconciliarse con la condición humana

Siempre me ha llamado la atención el que personas, sin ninguna trascendencia religiosa, sean capaces de enfrentarse a esta realidad con una elegancia humana, que no siempre tenemos los creyentes. El mismo Tierno Galván, dentro de su absoluto agnosticismo, nos recuerda que: “nadie puede cansarse de vivir si está educado en el amor a lo finito”. Y cuando Sabater escribe un libro para los alumnos, antes de comenzar los estudios universitarios, no duda en titular su primer capítulo: *La muerte para comenzar*. Para que los jóvenes no se crean, como él mismo explica, que este acontecimiento pertenece solo a los mayores. Pero en cualquier caso somos nosotros los que caminamos hacia ella con mayor velocidad. Aunque tampoco se necesita vivir mucho para caer en la cuenta de la fugacidad de la vida; de lo rápido que avanza el tiempo. ¿Cómo habría que, entonces, ante esta realidad?

Los psicólogos están de acuerdo en que para alcanzar un mínimo de madurez es necesario superar esa omnipotencia infantil, que todos llevamos en nuestro interior, y que no quisiera ningún desengaño o frustración. Para conseguir esa meta no hay camino mejor que el abrazo amistoso con aquellos datos que no resultan demasiado agradables. Y ese abrazo implica una doble reconciliación.

En primer lugar, con nuestra condición humana. Si la vida, como nos recuerda al Biblia, es un éxodo, con un comienzo y con un fin, hay que aceptar todas las estaciones que se van recorriendo, sin poderse detener en ninguna antes de llegar al final. Un itinerario que conlleva un despojo progresivo, como ya hemos apuntado con anterioridad. Es la reconciliación plena con la condición humana. El único camino para alcanzar esa paz de fondo, que rezuma en muchas personas mayores. Ya han aprendido, incluso por sus intentos frustrados, que no vale la pena luchar contra lo imposible. Da pena encontrarse, a veces, con otros mayores que viven

siempre renegando de su situación. Cuando ésta no se acepta, la vida se hace bastante insoportable, produce malestar interior y hasta el carácter se agria. Se están cerrando las puertas al único oasis que nos queda para seguir adelante: hacer las paces con la realidad, aunque sea porque no se ha encontrado otro camino. He conocido a mayores que, a partir de este pacto, han mejorado su mismo talante psicológico anterior.

El encuentro con la realidad personal.

Como es un momento propicio para contemplar la vida en su conjunto, hay que evitara también un segundo peligro: no querer aceptar la con todos sus perfiles. A todos nos hubiera gustado que la propia vida, que cada uno ha escrito, se hubiera realizado con líneas perfectamente rectas, sin ninguna falta de ortografía. Incluso, si pudiéramos editar de nuevo, a lo mejor suprimiríamos algún capítulo, o ciertos párrafos que todavía hieren a nuestro narcisismo. Aquí habría que repetir la sentencia de Pilatos: “Lo escrito, escrito está” (Jn 19,22). La persona que ha madurado, no experimenta ninguna dificultad en reconciliarse también con su realidad personal. Es posible reconocer con mayor lucidez las sombras existentes; los pequeños engaños con que justificamos ciertas conductas; las motivaciones de fondo que procurábamos tener ocultas, incluso a nuestro propios ojos; toda esa zona interior que no quedaba impregnada por la riqueza del evangelio. Nada de esto puede quitar la paz y serenidad interior. Al contrario. Es la gracia de Dios que termina por vencer al pequeño fariseo que todos conservamos en nuestro corazón. Desde pequeños nos enseñaron que el cariño y la estima de los demás teníamos que conquistarlo con nuestros méritos y esfuerzos. Y cuando este esquema se proyecta sobre Dios nace de inmediato el fariseísmo. A veces, incluso, tanto deseo de santidad nos ha llevado a impedir la experiencia de la gratuidad. Dios solo está cerca del que se siente roto y fracasado. Nos olvidamos la experiencia de san Pablo, cuando quería quitarse el aguijón que le molestaba y Dios le descubre que su poder solo habita en la impotencia: “por eso, estoy contento en mis debilidades..., porque entonces soy fuerte” (2 Cor 12,10). Alguno me comentaba con alegría: He tenido que esperar a este momento para caer de verdad en la cuenta de quién es Dios y quién soy yo. No hay nada mejor, para prepararse a su encuentro, que sentirse con las manos vacías. ¿Por qué vamos a renegar de nuestro pasado?

La nueva dimensión del cristiano

Pero existe otra perspectiva mucho más completa y profunda para acercarse a este acontecimiento. Me refiero a la dimensión religiosa del creyente, que no tiene por qué cambiar el itinerario de todos los seres humanos. La vejez, como el desengaño, la frustración, los despojos, la soledad... son mojones que a todos nos anuncian hacia dónde caminamos. Pero el cristiano la observa con otra nueva dimensión. Nada de lo que nació en aquella primera aurora de los tiempos termina con la destrucción de la muerte – la gran barrera de toda utopía humana -. Como dice bellamente el Vaticano II: “No conocemos el tiempo de la nueva

tierra y de la nueva humanidad, ni el modo en que el universo se transformará... Dios prepara una nueva habitación y una nueva tierra”³.

Hay que reconocer que no tenemos esquemas adecuados para penetrar en este misterio. Ninguna explicación racional podrá decirnos con qué nos vamos a encontrar. Cuando San Pablo afirma que por el bautismo hemos sido sepultados en la muerte de Cristo, nos recuerda que también resucitaremos y viviremos con Él (Rm 6,1-8), pero nadie nos explica cómo. Es un salto que no se puede demostrar, sin acudir a la fe. Hasta Jesús tuvo que entregar su vida en un gesto de amor confiado.

A estas alturas de la vida, ya hemos sido conscientes de tantas cosas que se han ido quedando por el camino. Un momento oportuno para vislumbrar que Dios es el único absoluto y la meta hacia la que nos dirigimos. Me encanta la poesía de Manuel Machado: “Y cuando llegue el día de mi último viaje / y esté al partir la nave que nunca ha de tornar, / me encontraréis a bordo, ligero de equipaje, / casi desnudo, como los hijos de la mar”⁴. Lo que acontece, como sabemos por experiencia, es que nuestro caminar se hace lento y cansino; nos quedamos apegados a realidades que oscurecen la trascendencia. Por eso, mientras sentimos el continuo despojo, habría que descubrir la mano de Dios que acosa, destruye ilusiones falsas, cierra salidas engañosas, corta amarras que nos atan, para que, por fin, no tengamos otro remedio que entregarnos a Él.

Es la hora del encuentro para entregar en manos del Creador, como gesto de sumisión y agradecimiento, el regalo de nuestra existencia que Él mismo nos dio. Jesús había dicho, en la parábola del buen pastor (Jn 10,17-18): “Por eso, me ama mi Padre, porque yo me desprendo de la vida para recobrarla de nuevo. Nadie me la quita, la doy voluntariamente”. Ahora, cuando solo queda un retazo de existencia, es el momento de ofrecerla, como el gesto de cariño más verdadero. Le devolvemos lo que es suyo y le pertenece, con la seguridad de caer en unas manos que nos acogen. Aunque la muerte sea un destino inevitable y cercano, la convertimos en una ofrenda.

Nadie puede saber en qué condiciones se va a desarrollar esta etapa final. ¡Cuántas veces nos encontramos con enfermos que han perdido ya su conciencia lúcida! No conocen ya cuál es su situación. Ni siquiera, en los momentos de soledad, pueden tener un encuentro con Aquel al que han servido. Por eso, conviene acostumbrarse a realizar frecuentemente esa ofrenda con anterioridad, cuando sabemos lo que vale y significa. Una

³ *Constitución Pastoral sobre la Iglesia y el mundo actual*, nº 39.

⁴ M.MACHADO, *Campos de Castilla*, en *Poesías completas*, Espasa-Calpe, Madrid, 1971, p.77.

experiencia de Dios al que se busca con mayor ahínco.

Un bonito refrán africano nos recuerda que “la choza del amigo nunca está demasiado lejos para visitarla”. La soledad que acompaña muchas veces en este tiempo es una invitación para intensificar nuestra experiencia de Dios. No hay que andar mucho para encontrarlo. Cuando el corazón se llena de esta paz nace aquella bella oración de las comunidades primitivas: *Ven, Señor Jesús*. “Porque la vida de los que en ti creemos, Señor, no termina, se transforma”.